
REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL Y EL ESTADO EN AMÉRICA LATINA

Alberto Pinto Mantilla

Economista y Magíster de la Universidad Nacional.
Profesor y Coordinador de la Escuela de Economía
de la Universidad Industrial de Santander.

Resumen

Pinto, Alberto. "Reflexiones sobre la identidad nacional y el Estado en América Latina", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 28, Bogotá, 1998, páginas 163-180

En este artículo se describe e interpreta el choque violento a que fueron sometidas las comunidades nativas de América. Cómo se destruyeron sus formas de organización social y cómo se remplazaron por Estados que se encargaron de redistribuir los recursos naturales del continente. En este contexto, se pretende encontrar la identidad de un continente que reniega de su pasado indígena y de los conocimientos que permitieron que esas comunidades convivieran en un equilibrio permanente con el medio ambiente.

Abstract

Pinto, Alberto. "Reflections on National Identity and the State in Latin America", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 28, Bogotá, 1998, pages 163-180

This article describes and interprets the violent shock to which the native communities of America were subjected. How their forms of social organization were destroyed and how they were replaced by States which took charge of redistributing the natural resources of the continent. In this context, it tries to find the identity of a continent that denies its indigenous past and the knowledge that allowed those communities to coexist in permanent equilibrium with the environment.

El proceso de construcción de los Estados latinoamericanos fue distinto del europeo. Vemos cómo, por ejemplo, dos de los grandes imperios de América, el de los aztecas y el de los Incas, supieron construir espacios urbanos en un equilibrio dinámico con la naturaleza. Así lo indican quienes investigan las formas adaptativas que los grupos humanos desarrollaron en diversos espacios geográficos.

El viejo mundo contaba con vacunos y equinos que llevaron a que sus pobladores desarrollaran tecnologías de tracción y aparatos mecánicos; esto permitió el descubrimiento de la minería y el desarrollo de técnicas artesanales para elaborar instrumentos de trabajo y de guerra. Además, la fertilidad de los valles del Éufrates, del Ganges y del Nilo, hizo posible la sedentarización y la construcción de conglomerados sociales que tuvieron que crear mecanismos de cohesión social y de convivencia en los espacios urbanos. En América, las poblaciones nativas no desarrollaron las técnicas mineras y la elaboración de instrumentos de trabajo, ni consolidaron una tecnología de guerra. Fueron, en cambio, artífices consumados en la fabricación de adornos que cubrieran sus cuerpos desnudos y los de sus dioses. Estuvieron atentos a los ciclos de la naturaleza, conocían sus leyes y se incorporaron a ella sin sobrepasar, como consumidores potenciales, la oferta de nutrientes generados por los ecosistemas.

A pesar de esas diferencias, los españoles encontraron a su llegada formaciones sociales como las de los aztecas e incas que poseían un gran conocimiento de las leyes que regulan el comportamiento de los hombres en un equilibrio perfecto con la naturaleza.

Con el Descubrimiento, América entró a formar parte de Occidente. Desde entonces, el devenir histórico de estas culturas empezó a contarse con otro tiempo. Se levantaron nuevas vías de comunicación. Se construyeron puertos. Se fundaron ciudades costeras y se importaron esclavos.

vos de otros continentes. América se incorpora así al proceso de producción y de cambio mundial que orientará su desenvolvimiento futuro. Entra a formar parte de un sistema que se transforma constantemente gracias al impulso que le imprime la ciencia y la eficiencia económica. Todo ello orientado por los mecanismos de mercado, por un sistema de precios que garantiza la rentabilidad de las inversiones y el acierto financiero de los últimos descubrimientos científicos.

Luego del deslumbramiento del Descubrimiento y del caos de la Conquista, la Corona Española, con la intención de poner orden y rodearse de una administración favorable a sus intereses, creó formas de gobierno acordes con los núcleos de población y sus riquezas naturales. Este hecho se puede considerar como el fin de la Conquista, la extinción paulatina de las formas de gobierno de las comunidades nativas y su remplazo por una administración colonial favorable a los intereses del Imperio.

Los Estados indígenas, que eran varios, no uno solo, aun cuando uno de ellos sobresalía por su fuerza política y militar, desaparecieron al ser conquistado y dominado su territorio por los conquistadores españoles [De Latorre 1984].

Alrededor de los pueblos aztecas se creó el Virreinato de Nueva España, el Virreinato del Perú en torno de la cultura inca, y los chibchas, de la Sabana de Bogotá, se nuclearon en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada. Más tarde, por necesidades militares y administrativas, se estableció el Virreinato del Río de la Plata. Fue necesario, además, ejercer un control administrativo sobre las áreas periféricas; para ello se crearon las Capitanías de Guatemala y Venezuela, y las Gobernaciones, como centros de menor categoría. Los virreyes fueron los intermediarios entre el Rey y los usufructuarios directos de las riquezas del Nuevo Mundo: los encomenderos. Debido a la distancia, los conquistadores fueron, obviamente, los amos y señores de vidas y haciendas en las tierras del Imperio; y, a pesar del derecho de gentes, los indígenas tuvieron que sufrir el desprecio y la voracidad de los nuevos amos.

Las culturas nativas fueron sacadas de su historia; siglos de conocimientos sobre la naturaleza y sus bondades quedaron en el recuerdo de hombres asustados por la violencia del encuentro. El proceso de occidentalización planetaria arrancaba guiado por sus descubrimientos científicos y su eficiencia productiva.

Las comunidades indígenas sienten que los europeos padecen de una insaciable voracidad por sus tierras. Eran concepciones del mundo diferentes: la invasora, en su evolución había llegado a la conclusión de que la tierra era un instrumento de poder y de riqueza, una porción del territorio que podía explotarse, heredarse y parcelarse; y las nativas, que

concebían la tierra como un bien que pertenecía a todos y que garantizaba la subsistencia de la comunidad.

A mediados del siglo XVIII, Inglaterra se había consolidado como el nuevo Imperio del mundo occidental. Ocupaba el puesto de comando en la economía internacional no por su capacidad militar, sino por su eficiencia económica adquirida con juicio y dedicación. Gracias a la enjundia de su burguesía industrial, a sus investigaciones científicas y a un Estado que supo sacar adelante un proyecto nacional de industrialización. Y fue la primera nación que pregonó, como consigna ecuménica, el liberalismo económico y la supresión de todas las trabas al libre comercio entre países. Que reivindicó, en síntesis, los mecanismos de mercado y el no intervencionismo estatal.

Pero ya no resulta evidente que ese monopolio tienda a acrecentar la actividad económica de la sociedad y a imprimirle la dirección más ventajosa [Smith 1982, 399].

Pero el proceso de Revolución Industrial y la necesidad de liberalizar el comercio para proveerse de materias primas y colocar excedentes industriales tenían limitaciones debido al rígido control que España ejercía sobre sus posesiones coloniales. Las colonias, por su parte, sienten que el control del Imperio restringe sus posibilidades de exportación y que sus respectivas metrópolis son un intermediario demasiado costoso.

Estos motivos, sumados a la necesidad de la Madre Patria de aumentar sus recursos fiscales legalizando diferentes formas de contrabando, fueron suficientes para que se quisiera romper el 'pacto colonial'. Era el único camino que tenían las colonias para que se les concediera la libertad de establecer relaciones comerciales con otros países europeos, e incluso, entre ellas mismas.

Por los lados de España el problema era de recursos. El imperio gastaba más de lo que recaudaba. Siendo así, las reformas al sistema colonial implementadas por los Borbones (1778-1782) pretendieron poner a tono con sus competidores europeos, a un Imperio que no supo aprovechar los descubrimientos científicos que estaban estremeciendo a Europa, para mejorar su capacidad productiva. Dichas reformas idearon cambios en el sistema educativo en la Madre Patria y sus colonias. Se pretendió quitar el monopolio de la educación a los jesuitas y dominicos; corregir los sistemas de enseñanza dogmáticos y sin aplicabilidad, y crear nuevos centros de educación superior y nuevas áreas de estudio. Además se promovieron expediciones científicas para conocer la riqueza biológica existente en el trópico; les había llegado referencias acerca de las especies sin explotar que se escondían en las selvas americanas.

Se pretendió, además, sanear las finanzas de la metrópoli, legalizando —para poder gravarlo— el contrabando, que era la forma usual de intercambio con Europa de todos aquellos puertos cancelados por el Imperio español. Era innegable que algunas instituciones coloniales habían quedado obsoletas debido a la pérdida de competitividad del Imperio. Mercaderías inglesas, a pesar del sistema de flotas y el monopolio comercial, inundaban los mercados del Nuevo Mundo, sin pagar ningún tipo de aranceles. Corregir tal anomalía fue otro de los propósitos de las reformas borbónicas. El decreto sobre libre comercio dictado en 1778 habilitó otros puertos en la península Ibérica y en las Américas para comerciar entre sí; quitándole, además, el monopolio a los mercaderes peninsulares y permitiendo que armadores privados compitieran con ellos.

Los monarcas eran conscientes que en comparación con los gobiernos de Europa, el poder y la prosperidad que caracterizaron al Imperio en sus mejores tiempos, se habían perdido. Había necesidad de centralizar el poder nuevamente alrededor del Estado; para ello era necesario controlar toda institución que se hubiera fortalecido excesivamente y le hiciera sombra al mandato de los reyes.

Quienes, siguiendo esta lógica se ubicaron de primero en la mira de la reforma, fueron las instituciones religiosas. Era excesivo el número de curas, como excesivo también el poder y la riqueza acumulada durante siglos de permanencia en América. Se empezó con la Compañía de Jesús; en 1767 fueron expulsados de los dominios españoles y sus riquezas y propiedades confiscadas. En 1795 se abolió el fuero personal de que gozaban los miembros de la iglesia, sujetándolos a la justicia Real en casos graves. Con la reforma en los currículos y métodos de enseñanza se pretendió recuperar la prosperidad perdida. Era necesario reconciliar el catolicismo con la ciencia; que la ciencia entrara a los monasterios y a sus sistemas de enseñanza. De eso eran conscientes los monarcas, quienes pusieron en entredicho la labor desempeñada por la Compañía de Jesús y los Dominicos en materia educativa.

El sistema educativo de las colonias no había incorporado a los contenidos de sus currículos la revolución científica y técnica que estaba transformando a Europa. Los planes de estudio fueron refractarios a estos acontecimientos. Los grados académicos otorgados durante el período colonial fueron netamente religiosos y para religiosos: teología, filosofía y derecho canónico. E impartidos por los jesuitas y los dominicos, que no estaban interesados en debatir el conflicto existente entre la ciencia y los artículos de fe.

Los fines de la educación no eran científicos ni técnicos; con ella se reproducía, simplemente, una sociedad en la cual el principal mecanismo

de ascenso social se encontraba en la carrera eclesiástica. La iglesia tenía riqueza, poder y capacidad de convocatoria; todos querían acceder a ella. Por estos motivos cuando al final del período colonial, las mismas comunidades religiosas ofrecieron grados académicos para seculares en medicina, matemáticas y leyes, tuvieron poca aceptación social. Fueron carreras simbólicas.

Se trataba, pues, de darle a las ciencias aplicadas la importancia debida; poner el Imperio a tono con los tiempos que se vivían. Superar el conflicto existente entre el razonamiento y la fe, para mejorar las técnicas productivas, y así, alcanzar la competitividad lograda por las nuevas naciones.

Pero estas reformas fueron contraproducentes para el mantenimiento de la autoridad Real en el Nuevo Mundo. Por siglos la iglesia había pregonado que el poder del monarca emanaba de Dios. Con las reformas, los ministros de Dios, de promover la lealtad al Rey, se convirtieron en sus más fervientes detractores. El púlpito fue el escenario principal para denunciar las arbitrariedades de los nuevos monarcas; se puso en entredicho por los mismos preladados la ascendencia Divina de los Reyes, fuente de autoridad, de poder y de permanencia.

Las primeras rebeliones no se hicieron esperar. Indios con ascendencia Real y comerciantes adinerados se unieron a la protesta contra los impuestos, los estancos y los agentes del Rey. Todos estaban inconformes. Desde el indio y el negro hasta el español criollo, plantador o minero. Pero los movimientos abortaron y sus líderes fueron descuartizados inmisericordemente; esto sucedió con José Antonio Galán en 1781, en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, y con Tupac Amarú, descendiente de familia Real, en el Cuzco en 1780. No pudo constituirse una dirección única pues había conflicto de intereses.

Los comuneros se habían comprometido a liberar a los esclavos; a los indígenas se les prometió respetar sus resguardos. La nobleza criolla estaba en desacuerdo con este tipo de pactos. Demandaba mano de obra para su cacao y su algodón, para su caña de azúcar y para su producción minera; no podía entender tampoco cómo selvas con tantas posibilidades para la ganadería y la agricultura siguieran eternamente cubiertas de selvas improductivas y habitadas por comunidades nativas dispersas.

Pero las reformas no podían detenerse ante este clamor popular. Los monarcas conocían las posibles repercusiones de sus medidas. El problema seguía siendo de dinero. El aumento de los tributos no se detuvo, y fue, al contrario, complementado con el nombramiento de autoridades virreinales que vinieron a ejercer la autoridad y a cobrar los impuestos y aranceles. Eran conscientes, además, de que debía ser una burocracia

nueva con respaldo total y bien remunerado para contrarrestar los sobornos de una oligarquía criolla posesionada. Se empiezan, pues, a llenar con peninsulares recién nombrados, los cargos públicos y administrativos que anteriormente fueron desempeñados por nacidos en América.

El objetivo propuesto se cumple; las rentas aduaneras se incrementan; pero las ventajas que brindaron otros centros de poder fueron más atractivas que las ofrecidas por España. Se empieza a sentir, por estos lados, no la necesidad de independizarse de la Madre Patria, pero sí de conseguir mayor autonomía administrativa y la opción de comerciar con el resto del mundo.

Pero era demasiado tarde; estas reformas fueron los últimos reajustes que los monarcas españoles tuvieron tiempo de promover en vida; dentro del Imperio se había vaticinado la inevitabilidad de los movimientos de independencia de esta parte de América. La lucha por el poder, luego de tres siglos de vida colonial, buscaba una solución a favor de los intereses criollos.

En efecto: luego del descubrimiento había empezado a germinar un conflicto de intereses entre los descendientes de los conquistadores y los emisarios de la Corona. En una primera instancia los españoles nacidos en América cursaron solicitudes respetuosas a la administración Real para que se les reconocieran formas de gobierno local. Todas fueron denegadas; se les prometió, en cambio, de acuerdo a la legislación vigente, que los nombramientos en la burocracia colonial iban a recaer, de preferencia, en los nativos del Reino. Los criollos quedaron satisfechos y se fueron aposentando plácidamente en la administración de un continente cuya riqueza les permitió vivir en paz con Dios y con los Reyes.

Con la colaboración de peninsulares nacidos en América los monarcas fueron configurando un Estado colonial que logró transferir a la Madre Patria los ingentes recursos en oro, plata y especies, producto de los tributos que se recaudaban en el Reino y que permitieron financiar las cruzadas por la Fe.

Pero cuando fue necesario cambiar la burocracia que aplicaba la legislación vigente de acuerdo a lo pactado con la oligarquía local, los conflictos de intereses que habían madurado por tres siglos se avivaron; se demandaba, simplemente, como lo dejó consignado Camilo Torres en su *Memorial de Agravios*, que los nacidos en América fueran considerados tan españoles como los nacidos en España.

Somos hijos, somos descendiente de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la corona de España [...] Tan españoles somos, como los descendientes de Don Pelayo i tan acreedores por esta razón, a las distinciones, privilegios del resto de la nación [...] con esta

diferencia, si hai alguna, que nuestros padres, como se ha dicho, por medio de indecibles trabajos i fatigas descubrieron, conquistaron i poblaron para España este Nuevo Mundo [Xavier Guerra 1994].

Los movimientos sociales, frustrados por la falta de coherencia programática entre sus líderes, en esta oportunidad fueron conducidos por una nobleza criolla y llevados hasta su resolución definitiva.

Fueron los antiguos mineros y hacendados del cacao, del azúcar de caña, de los cereales, del índigo, del tabaco, quienes se van a beneficiar con el movimiento emancipador, y quienes le van a imprimir su dinámica a las nuevas unidades económicas que surjan en estas tierras 'inhóspitas y de indios salvajes'.

Ahora el nuevo marco conceptual era impecable. La división internacional del trabajo se erigía con base en el reconocimiento mutuo de los Estados nacionales y en su libertad de comercio. Estaba por empezar una nueva era que vivirá por siglos alimentada con la ilusión paradigmática de la industrialización. ¿Quién podría oponerse a algo tan cautivador como la libertad y el liberalismo económico?

Luego de la declaratoria de guerra hecha por el Gobierno Central a las provincias en América, la oligarquía criolla se vio precisada a preguntarse: Quiénes eran realmente y a qué país pertenecían. Y al encontrar que la respuesta no podía estar en España, se dieron a la tarea de inventar países a los cuales pertenecer y a reescribir un pasado lleno de heroísmo y nuevas epopeyas.

El estatus de Reino para estas partes de América desapareció; como desapareció también, para los criollos, la ilusión de seguir considerándose españoles que, por accidente, habían nacido en América. Pero si no eran españoles, entonces ¿Quiénes eran? ¡Ni siquiera ellos mismos lo sabían! Fueron trescientos años durante los cuales se había despreciado lo nativo, a excepción de sus riquezas naturales, y reivindicado lo extranjero. Ahora, apresuradamente, había que construir un imaginario colectivo, una nación para enfrentarla a la nación invasora. Así lo manifestó Simón Bolívar:

Yo considero el estado actual de América como cuando, desplomado el Imperio romano, cada desmembración forma un sistema político... con esta notable diferencia: que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones... más nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue y que, por otra parte, no somos indios, ni europeos sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores [Pérez 1984].

Lo inesperado del acontecimiento sorprendió a los criollos; carecían de los elementos constitutivos de los países. Días antes se hablaba de pro-

vincias del Reino y de españoles: peninsulares y americanos. Con un origen común, la misma cultura, la religión, el idioma y la raza. Ahora, como consecuencia de la guerra, todo cambiaba; había que enfrentar al otro, al que se creía pertenecer.

La fuerza cohesionadora del Imperio, representada por el Rey, había desaparecido; los intereses locales se avivaron. Las provincias perdieron sus vínculos entre si y se dispersaron. En ese momento empiezan a demarcarse, alrededor de las fronteras de la antigua administración colonial, los diferentes países; se delimitan sus territorios; se establecen mojones invisibles que parten territorios ancestralmente usufructuados por comunidades indígenas emparentadas.

Pero se necesitaba más que un espacio geográfico para enfrentar una nación invasora. Era necesario un imaginario colectivo con sentido de pertenencia y que estuviera dispuesto a enfrentar al invasor. Así quienes asumieron esta tarea, fueron precisamente, quienes hasta hace poco se consideraban como parte del 'otro'. En estas circunstancias, una elite extranjerizante, más identificada con el 'otro' por su cultura y origen, se apropia del sentido de pertenencia necesario para confrontar a quienes no pertenecen. La elite criolla se convierte en la vengadora de un pasado remoto de oprobio a los nativos del Reino; se habla de trescientos años de historia y de explotación.

Discursos retóricos sirvieron para movilizar a la población; pero realmente lo que empieza a construirse fue una nación de minorías. La de una elite blanca y culta. Se habla, sin embargo, de un colectivo, dentro del cual, obviamente, otros grupos étnicos no cumplen con los atributos exigidos para ingresar a la categoría de ciudadanos. No tenían propiedades y no hablaban el castellano. Lo que se configuró fue una nación de propietarios. Con la hipótesis, aprendida en los clásicos de la ciencia política y económica, que los fines individuales no contradecían el bien común: su proyecto colectivo. Así, pues, para las construcciones nacionales en América Latina, la elite criolla parte del supuesto de que los objetivos de la sociedad estaban en concordancia con sus aspiraciones personales de poder y de riqueza.

El concepto de nación nace, por tanto, primero, en la mente de los caudillos regionales. Antes se hablaba de nación americana; los criollos, por ejemplo, siempre se consideraron como españoles americanos. Había una conciencia incipiente de ser americano; en algunas casos opuesto a lo español. Haciendo coincidir, por ende, la nación con el continente. Luego de 1814 los caudillos de las diferentes provincias cambian la perspectiva del devenir histórico; hacen coincidir la propiedad y control de los recursos naturales del continente con las fronteras de su hipotético

país. Así la nación americana entra en conflicto con los intereses privados de los caudillos regionales, quienes, ante lo inesperado del evento, inventan otra nación a la cual pertenecer y de la cual ser sus protagonistas y gestores.

Los criollos, pues, responsables del proyecto nacional siempre fueron una exterioridad interna a la nación, en muchos casos, inclusive, a la nación americana. Inventaron una nación sin conciencia de serlo. Pero esto era lo de menos; el momento histórico demandaba una nación con urgencia. Empieza, así, en los diferentes países a elaborarse una identidad nacional; una conciencia colectiva. A convertirse las líneas que demarcaban las fronteras en umbrales de la diferencia. Se crearon mitos que unieran al colectivo; símbolos con atributos particulares de esa nación difusa. Se alabó la grandeza de héroes nacionales y se recrearon nuevamente sus epopeyas. Se describieron batallas perdidas que fueron ganadas gracias al sentido de pertenencia de sus protagonistas.

Así, las nuevas Repúblicas fueron inventadas por necesidades políticas y militares del momento no por que expresasen un peculiaridad histórica. Los 'rasgos nacionales' se fueron formando más tarde; en muchos casos, no son sino consecuencia de la prédica nacionalista de los gobiernos... Nadie puede explicar satisfactoriamente en que consisten las diferencias 'nacionales' entre argentinos y uruguayos, peruanos y ecuatorianos, guatemaltecos y mexicanos. Nada tampoco —excepto la persistencia de las oligarquías locales, sostenidas por el imperialismo— explica la existencia en Centroamérica y las Antillas de nueve Repúblicas [Paz 1981, 87].

Fueron los primeros desafíos que tuvieron que enfrentar los nuevos países. Comprimir los siglos de historia que necesitaron las naciones para germinar una identidad; para madurar los atributos religiosos, lingüísticos, culturales y étnicos, que les permitieron diferenciarse del 'otro' que existía al traspasar las fronteras. Inventar, pues, la conciencia de un colectivo diverso; conciencia que no existía ni siquiera en los criollos que debían ser los protagonistas de epopeyas grandiosas. Empieza a pensarse una nueva historia; ya no forman parte de la historia de la nación invasora. Buscan los elementos constitutivos del criollo; pero tienen suficiente cuidado para ir blanqueando los próceres que necesitaban para la construcción nacional.

Los Estados nacionales fueron mucho más fáciles de crear que una conciencia colectiva. Fue realmente el motivo de la disputa. Ahora se trataba de controlar y usufructuar una administración pública de la cual fueron excluidos por su nacimiento en América. Las instituciones que se desarrollaron para administrar las provincias americanas, sirvieron, ciertamente, para levantar los Estados que los acompañara en su misión republicana. Los Estados americanos nacieron, por tanto, con el compromiso histórico de encontrar una identidad remota que proyectar alrededor de los intere-

ses criollos; de crear una conciencia colectiva que comprometiera el comportamiento ciudadano con un proyecto social. Esto es, los Estados nacieron con la misión civilizadora que se encargaría de homogeneizar culturas diversas. Que indios, negros, mestizos, zambos, pardos se integraran y se sintieran identificados con el proyecto político de la elite blanca y extranjerizante que había tomado el control de la administración pública colonial.

Los criollos conocían muy bien de la importancia de la educación; ya no solamente con el argumento imperial de 'ponerse a tono' con los descubrimientos científicos y técnicos que estremecieron a Europa. Encontraron en la educación la fuerza necesaria para construir una república de ciudadanos; una sociedad democrática, participativa y con cultura cívica.

Eran conscientes, sin embargo, que el sistema educativo colonial había sido refractario a las reformas borbónicas; así los currículos de enseñanza estaban orientados por una visión católica irreconciliable con los adelantos científicos. En materia educativa todo estaba por hacer. Conocedores de la tarea que debían cumplir y de la importancia que se le estaba concediendo en Europa a las ciencias básicas se quiso continuar con los intentos de modernizar el sistema educativo tal como se había insinuado dentro de las Reformas Borbónicas. Se revivieron las pretensiones imperiales de hacer un inventario de las plantas y animales existentes en el trópico y desconocidas en Europa. La búsqueda de nuevas especies para domesticarlas y comercializarlas internacionalmente, sin embargo, fue efímera.

Fueron debates interminables. Creían que la ventaja de la educación, que identificaron con una buena enseñanza en la lectura y escritura del castellano, era lo que les permitiría dirimir, para el bien de la república, el conflicto existente en las Américas entre civilización y barbarie. La civilización se alcanzaría, pues, con la lectura y la escritura del castellano, en las escuelas y dentro de las ciudades; la barbarie se encontraba en los campos, en la selva y en los dialectos nativos sin representación escrita. Eran las culturas nativas y sus mestizajes desordenados quienes retardaban la llegada de la civilización y de una cultura republicana tal como se leía en los clásicos de la ciencia política.

Nacieron, pues, en América Latina, como conectores con el resto del mundo, copias imperfectas de los Estados occidentales; poco serios, clientelistas e ineficientes. Con una tendencia militarista que recogía los intereses de oligarquías locales y sin eventos notables que fueran reconocidos por el colectivo y mostrados con orgullo nacional.

Más tarde, cuando el centro de decisiones se trasladó a Estados Unidos de Norteamérica, la suerte para América Latina no mejoró. La situación

privilegiada de la nueva potencia y su inocultable expansionismo le permitieron una relativa independencia; además de que la libre competencia, dentro de la cual el progreso técnico se traducía en disminuciones de precios, empezó a ser cosa del pasado; la competencia alrededor de firmas mayores permitirá retener los beneficios del progreso al interior de la fábrica y de los países promotores de las innovaciones científico técnicas.

Por estos motivos, el continente entró —con el nuevo siglo— en una nueva etapa. La del deterioro en sus términos de intercambio y un rezago tecnológico cada día mayor. Pues las aparentes bondades de la teoría de las ventajas comparativas se convirtieron en desventajas que tornaron dependientes a estos países, e independientes a los países promotores del cambio técnico.

Pero el debilitamiento de las relaciones de intercambio, que favorablemente acompañaron a América Latina durante buena parte del siglo XIX, significó el fracaso del proyecto liberal. Habían sido décadas de crecimiento de las exportaciones y de sus precios, el cual permitió fortalecer aquel proyecto político sustentado en la gran propiedad territorial; ahora, el advenimiento de una relación de precios y de una cantidad exportada desfavorables contribuyó a la aparición de puntos de vista alternativos y de críticas a las relaciones de propiedad que habían excluido al grueso de la población.

Movimientos campesinos que pedían reformas agrarias integrales estremecieron a América Latina. Denunciaban que los grandes propietarios y el Estado liberal habían entregado los recursos naturales y la infraestructura terrestre a empresarios extranjeros. Era evidente que aún no se había conformado la nación de propietarios que prometieron los liberales en los años dorados de la independencia; pocos eran los poseedores de tierra. La sociedad democrática y participativa estaba en mora de construirse. El concepto de ciudadano no había borrado las diferencias étnicas y culturales que conformaban el alma del continente. El Estado había sido creado y utilizado, no para administrar los recursos naturales y para que la propiedad cumpliera sus funciones sociales, sino para que sirviera como palanca en el proceso de enriquecimiento personal de la oligarquía criolla que siempre estuvo deseosa de ampliar sus propiedades con las tierras eclesiásticas y la de las comunidades indígenas. Eso sí se había logrado.

El nuevo siglo vio surgir movimientos campesinos que pedían su reconocimiento en una sociedad que los había excluido como propietarios; que con reformas agrarias los incorporaran al proyecto económico. Fueron los campesinos y los indígenas, los unos pidiendo su propia parcela;

los otros, demandando respeto a sus formas de propiedad y la devolución de los resguardos que les habían sido usurpados por los reformadores liberales, quienes estremecieron al continente. La extensión del movimiento y la elocuencia de las peticiones, demostraban, ni más ni menos, que la construcción nacional en la cual se comprometieron los liberales había sido un fracaso. La nación la conformaron grandes propietarios y mineros, quienes se sentían más identificados con la cultura occidental y con la civilización europea que con su propio pueblo y sus manifestaciones culturales. La verdadera nación, por tanto, estaba por construirse; el sentido de pertenencia que le da razón de ser a cualquier colectividad había sido apropiado indebidamente por la oligarquía criolla; quienes habían sido, desde el inicio de los tiempos, una exterioridad interna al continente.

Pero al mismo tiempo que la crisis permitió que la oligarquía exportadora perdiera credibilidad, la obligó a orientar sus recursos económicos hacia otro tipo de actividades. No fue necesario que transcurriera mucho tiempo, la interrupción del proceso de acumulación mundial en 1929 indicó los sitios rentables donde debían realizarse las nuevas inversiones.

Así, los movimientos antiliberales de principios de siglo abortaron antes de nacer. No pudieron incorporar en una nueva propuesta política y económica a quienes habían sido excluidos de ese proyecto político. Indígenas y campesinos seguirían en el limbo de las indeterminaciones, de quienes, a pesar de su existencia, no fueron tenidos en cuenta en la nación de propietarios del siglo que finalizaba. Y ahora, ante los nuevos rumbos que tomará la economía, otras clases serían las invitadas a participar en el proyecto de construir una nación.

Durante las décadas posteriores a la crisis de 1929, el proceso de construcción nacional incorporó nuevos sujetos políticos y económicos. Otros conflictos remplazaron los movimientos campesinos e indígenas que se habían levantado con el siglo XX, en demandas de reformas agrarias y respeto a sus territorios ancestrales; capas medias, obreros y desempleados demandaron del Estado asistencia social y servicios públicos. Las ciudades y las relaciones entre empresarios y trabajadores, sus conflictos, sustituyeron la puja por la tierra y por los resguardos que había caracterizado los movimientos antiliberales de principios de siglo.

En el nuevo escenario empezaron a oírse discursos nacionalistas que debilitaron prontamente el discurso antiliberal que apenas tuvo tiempo para insinuarse; los nuevos planteamientos ven la necesidad de que la nación se construya alrededor de los procesos de producción que satisfacen el mercado interno. Por esto, en la ciudad y en las actividades industriales se buscaron a quienes le irían a imprimir identidad a las

nuevas utopías políticas. Así amplios sectores urbanos desarraigados de sus comarcas de origen por el fracaso del proyecto liberal, empezaron a demandar derechos laborales y a que se les reconocieran como sujetos políticos.

El Estado, en este contexto, promovió las organizaciones sindicales y les reconoció a los obreros el derecho a la huelga, un salario mínimo y el respeto por la jornada de trabajo; al mismo tiempo les brinda todas las facilidades a los empresarios para que consoliden el proyecto de construir una industria nacional con base en la sustitución de importaciones.

Con esta renovada concepción del Estado se pretendió recuperar para la nación las riquezas naturales —así los nuevos empresarios pudieron disponer de abundantes materias primas— y que la sociedad se pusiera a tono en la relaciones laborales, con la legislación vigente en otros países.

En este nuevo intento de construcción nacional se incluyeron millones de ciudadanos que no existían en la construcción nacional de los liberales de antaño; muchos otros, sin embargo, seguirán siendo prisioneros del liberalismo decimonónico de grandes plantacionistas y hacendados.

Pero como se trataba de países esencialmente no industrializados y aún rurales, la mayoría de la población quedó fuera del proceso de incorporación: el campesinado rural y los desempleados o subempleados rurales pobres, fueron dejados de lado en su mayoría. Se incorporó a muchos pero se dejó a fuera a otros tantos [Castañeda 1994, 58].

Este esfuerzo industrializador se llevó a cabo sin ningún conocimiento de los últimos adelantos científicos y con un consentimiento pleno por parte del Estado hacía los nuevos inversionistas para que dispusieran de abundantes recursos naturales. Los nuevos empresarios buscando reducir al mínimo los costos en sus procesos productivos utilizaron sin control alguno el capital natural de sus respectivos países; se trataba de tener materias primas a su disposición y a buenos precios. Había necesidad, por tanto, de ampliar la frontera agrícola, de incorporar al proyecto de construcción nacional zonas marginales, de atenuar el conflicto por la tierra conservando la gran propiedad territorial y de que el Estado hiciera presencia llevando el progreso y bienestar social a la selva. El sueño era hacer de los bosques naturales un vergel para que las primeras materias llegaran a las grandes ciudades a bajos precios, impulsando el proceso de industrialización sustitutiva.

Casi doscientos años tuvieron que transcurrir para que el debate sobre la construcción nacional reapareciera. Y de la misma forma como el proyecto liberal fue confrontado por la revolución mexicana que demandó ampliar la nación de propietarios. Ahora, el indio, con la sublevación chiapaneca que se opone al neoliberalismo con su sistema de precios y

leyes del mercado, apareció en todo su esplendor recordando ese color aceitunado que se quiere ocultar de la identidad latinoamericana. Hoy en día estamos más capacitados para valorar el aporte que los diferentes grupos étnicos han realizado para la construcción de nuestra identidad nacional; como colectividad tenemos una mayor conciencia de nuestro pasado común y de la diversidad cultural que existe dentro de la sociedad. La nación debe construirse, por tanto, alrededor de esos grupos interesados en preservar el legado de sus mayores, en reproducir las prácticas y valores ancestrales que los han identificado como grupo. Los ideales que permiten la construcción de ese imaginario colectivo deben surgir de los diferentes grupos étnicos, quienes, integrados alrededor de una cultura pública, sepan preservar sus intereses y alcanzar los del colectivo.

En América Latina, el indio debe estar presente en todo proyecto de construcción nacional. Su cultura, sus formas de propiedad y sus relaciones con el medio ambiente engrandecerán en el futuro la dignidad y la capacidad de negociación de estos países. En caso contrario se corre el riesgo de seguir construyendo una nación extranjera con casi todos sus componentes importados; de seguir fortaleciendo ese factor externo a la nación que nos ha acompañado desde la Colonia y que es el responsable del agotamiento y la destrucción de la riqueza natural del continente. Se debe recuperar la nación para que los diferentes grupos étnicos ayuden en su proceso de construcción y aprendamos a relacionarnos por medio de un lenguaje cívico. Será una nación multirracial, con un parlamento multiétnico, enlazada por una cultura cívica tolerante que fortalezca las diferentes manifestaciones culturales. Impedir, pues, la tendencia a la estandarización de nuestras culturas alrededor de la cultura occidental. De sus valores y de sus prácticas religiosas.

La elite es externa a la nación: es extranjera en tantos aspectos que cualquier rasgo individual de su 'extranjería' se pierde en la generalidad. La elite es blanca y rica, se asocia con la comunidad extranjera, habla lenguas extranjeras, lleva a sus hijos a escuelas extranjeras... y, lo que es más importante, es una minoría. Los pobres son de piel oscura, solo saben el español o alguna lengua indígena... viven en hacinamientos y pueblos, y, sobre todo, constituyen la mayoría [Castañeda 1994, 324-325].

Vamos por muy buen camino. La caída del muro de Berlín y el levantamiento de comunidades indígenas a lo largo y ancho de América Latina despejaron el horizonte para nuevas utopías. La izquierda debe latinoamericanizarse, dejar de ser extranjera a la nación. Además, los países europeos necesitaron más de diez siglos de guerras civiles, dos conflagraciones mundiales, campos de concentración, armas químicas, métodos sofisticados para el exterminio masivo de grupos étnicos diferentes,

sólo para poder decir con precisión y cierto orgullo nacional que eran alemanes, italianos o ingleses, checos o eslovacos.

Las caras lindas de estas culturas nativas tuvieron que esperar más de quinientos años para que se las viera, no como un factor de atraso que impide la eficiencia económica, sino como los científicos ambientalistas más eminentes del planeta, quienes, con sus conocimientos de la selva, sus valores y prácticas conservacionistas, mantienen una eficiencia ecológica inquebrantable. Como el soporte, además, de nuestra identidad nacional.

La toxicidad de las diversas variedades de mandioca está entre las más altas del mundo: el hecho de que las poblaciones indígenas hayan identificado la mandioca como una rica fuente de calorías y hayan desarrollado formas de procesamiento altamente sofisticadas que eliminan los altos tenores de cianuro es prueba del profundo conocimiento y la cuidadosa observación de la naturaleza por esas poblaciones [Morán 1990, 153].

En América Latina es imposible construir una nación sin indios; así los indios tengan un mayor sentido de pertenencia con su grupo étnico que con la nación. Esto debe ser así y confirma la validez de la integración latinoamericana. Las comunidades nativas carecían del concepto de frontera; los mojones que separan los diferentes países fueron inventados después. Nosotros sentimos nuestra latinoamericanidad con la salsa y la literatura, con Maradona y con Pelé, pero más la debemos sentir por la sangre de nuestros antepasados indígenas que llevamos dentro y que nunca se podrá blanquear.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Annino, Antonio *et al.* 1994. *De los imperios a las naciones iberoamericanas*, Ibercaja, España.
- Ángel M., Augusto. 1995. *La fragilidad ambiental de la cultura*, Editorial Universidad Nacional-Idea, Bogotá.
- Buisson, Inge. 1984. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, Internacional, Bonn.
- Castañeda, Jorge G. 1994. *La utopía desarmada*, Tercer Mundo Editores, Colombia.
- De Latorre V., Ernesto. 1984. "El origen del Estado mexicano", Buisson [1984, 127].
- Furtado, Celso. 1978. *La economía latinoamericana, formación histórica y problemas contemporáneos*, Siglo XXI, México.
- Galeano, Eduardo. 1971. *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México.

- Guhl, Ernesto. 1990. *Medio ambiente y desarrollo*, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá.
- Halperin D., Tulio. 1983. *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, México.
- Herring, Hubert. 1972. *Evolución histórica de América Latina*, Editorial Universitaria, Buenos Aires.
- Jacobs, Michael. 1995. *Economía verde*, Tercer Mundo, Santafé de Bogotá.
- Morán, Emilio. 1990. *La ecología humana de los pueblos de la Amazonia*, Voces, México.
- Paz, Octavio. 1981. *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Pérez, Ramón D. "Nación, supernación y nación local", Buisson [1984, 193].
- Ribeiro, Darcy. 1979. *El dilema de América Latina*, Siglo XXI, México.
- Sánchez, Jairo. 1995. "Política ambiental: La nueva convidada del desarrollo", *Cuadernos de Economía* 22, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Smith, Adam. 1982. *Investigación sobre la naturaleza y la causa de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 399.
- Xavier Guerra, F. 1994. "La desintegración de la Monarquía Hispánica: Revolución de Independencia", Annino *et al.* [1994, 217-218].